

á la vez,, (1). El odio estalló en los excesos de la Revolución. Cuando las horribles matanzas de Setiembre, los asesinos consideraron como un crimen de los sacerdotes sus supersticiones y sus imposturas. El hecho merece hacerse constar, no como justificación, no como excusa, sino á título de explicación. "Esos verdugos no eran todos de la hez del pueblo,, dice el abad Barruel. "Malvados, asesinos, monstruos, viles hipócritas,, gritaba un hombre á los sacerdotes que se inmolaban; "el día de la venganza ha llegado por fin. La espada de la ley sería demasiado lenta para vuestros crímenes y vuestros atentados, malvados. No engañaréis ya al pueblo con vuestras misas y vuestra miguita de pan en los altares. Marchad, id á uniros á ese papa, á ese antecristo que tanto habeis sostenido. Que venga ahora y que os defienda de nuestras manos. Á nosotros toca lavar hoy en vuestra sangre la injuria de las naciones,, (2).

Los más moderados entre los revolucionarios reprobaban esos crímenes, los creían inútiles; tan persuadidos estaban de que el catolicismo tocaba á su fin. Citarémos un curioso testimonio de esta creencia, que no era completamente una ilusión. En la procesion del *Corpus* de 1792, los Parisienses tapizaron voluntariamente sus casas, y con más esmero que de ordinario. Acerca de esto, las *Revoluciones de Paris* hicieron notar lo siguiente: "La superstición no tiene más que algunos años de vida, nosotros se lo predecimos á los sacerdotes. Les advertimos caritativamente que calen sus velas y que acorten ellos mismos sus largas sotanas, si no quieren que el pueblo las pisotee ó las escupa. Tienen una tabla de salvacion en su naufragio, que se agarren á ella; únicamente puede salvarles la poca moral que hay en sus libros. Que, á ejemplo de Dios, se hagan hombres; no tenemos ya necesidad ni de vendas, ni de andadores, ni de chupadores, ni de imágenes,, (3).

Nótese bien que esta insultante piedad se dirigía al clero constitucional, á los sacerdotes que se habían unido á la Revolución. Cuando la República tuvo que habérselas con el catolicismo viejo, guardó ménos miramientos. Habiendo sido presos

(1) BERTRAND LE MOLLVILLE, *Memorias*, t. 1, c. xv, p. 288.

(2) *Historia del clero durante la Revolución francesa*, páginas 248, 246.

(3) *Revoluciones de Paris*, núm. 152, 2 de Junio de 1792, página 457.

algunos artistas franceses por orden del gobierno pontifical, el consejo ejecutivo dirigió una carta al *príncipe obispo* de Roma: "El único crimen, dice, de los ciudadanos franceses castigados sin haber sido juzgados es su respeto por los derechos de la humanidad; están designados como las víctimas que muy pronto deben inmolar la superstición y el despotismo juntos. Es cierto que si fuera permitido comprar á costa de la inocencia el triunfo de una buena causa, habría que dejar cometer esos excesos. El reinado debilitado de la Inquisición concluirá el día mismo en que se atreva á ejercer su *furia*, y el sucesor de San Pedro no será ya un príncipe el día que lo haya tolerado,, La amenaza no se dirigía únicamente al *príncipe*; escuchad este apóstrofe al *obispo*: "Pontífice de la Iglesia romana, príncipe aún de un Estado que se os va de las manos, no podeis ya conservar el Estado y la Iglesia más que por medio de la profesion desinteresada de esos principios evangélicos que respiran la más pura democracia, la más tierna humanidad, la igualdad más perfecta, y con los cuales se habían escudado para aumentar una dominación que hoy cae en la vejez. Los siglos de la ignorancia han pasado; no puede someterse ya á los hombres más que por medio de la convicción; no se les puede conducir más que con la verdad, ni atraerlos sino con su propia felicidad,, (1).

La carta es cortés, y por tanto más fuerte; lo que principalmente la hace notable es que su autor es una mujer; madame Roland nos dice en sus *Memorias* que ella fué quien la redactó (2). ¡Qué indicio de la época! En el seno de la Asamblea no se guardaban tantas formas. Los sacerdotes no juramentados se volvieron á unir al papa, que puede decirse habían olvidado durante todo el siglo XVIII. "Estamos amenazados, dice *François de Nantes*, de la ira del obispo de Roma. Este príncipe grotesco trata de tomar la actitud del Júpiter tonante de Fidiás; pero sus dardos impotentes vienen á embotarse en el escudo de la libertad, colocado en la cima de los Alpes. Se pasea por toda la Francia la imagen iracunda del santo padre, como los maquinistas de un teatro hacen aparecer los fantasmas. Pero ¿se cree que la luz de la razón brille

(1) *Moniteur* de 27 de Noviembre de 1792.

(2) MADAME ROLAND, *Memorias*, t. 1, p. 167 (edición de Ber-ville).

tan poco en Francia, que no nos haga ver la inutilidad de esas sombras chinescas ó romanas? ¡Ah! ¿Qué quiere de nosotros el obispo de Roma? ¿Qué hay de comun entre el santo padre y la libertad? ¿Cree acaso que las cinco ó seis letras que componen la palabra *cisma* tienen en sus labios una virtud tan milagrosa que, cuando las pronuncia, toda la Francia debe al instante descender á los infiernos? ¡Ah! ¿Por qué interviene en nuestros asuntos, cuando nosotros nos ocupamos tan poco de los suyos? Le pedimos nosotros nos enseñe el testamento de Constantino? ¿Por qué el humilde servidor de Dios ha reemplazado á los Césares y manda hoy en el Capitolio?, (1).

N.º 3.—La Convencion y el Directorio.

I.

Aparece en la escena la Convencion nacional. ¿Qué piensa del catolicismo? La parte ardiente de la nacion es la que está en el poder; son, pues, las pasiones del siglo XVIII las que van á estallar. Si hemos de creer á los historiadores, los excesos del 93 fueron obra de algunos hombres. No hay nada de eso. El odio al catolicismo era universal. Dejamos á un lado á Hebert y al Padre Duchesne; se les honra demasiado cuando se les supone una doctrina, aunque sea la del materialismo. Presentándolos como los discípulos de los filósofos, quisieran los escritores de la reaccion desacreditar á la vez la filosofía y la Revolución (2). Epicuro y sus adeptos del siglo XVIII, Diderot, Helvecio, d'Holbach, hubieran renegado con disgusto de semejantes alumnos. Ni aún es cierto que la irreligion y el ateísmo dominaron en las orgias del 93. Tenían fe aquellos hombres que iban al cadalso cantando la *Marsellesa*, pero era diferente fe que la de los monjes. Si por irreligion se entiende repudiar el cristianismo, no hubo época más irreligiosa. Aún hay que tomar en cuenta la franca audacia de los convencionales, que no ocultaban su pensamiento por temor al catolicismo, que no tenían miedo de nada, aunque la superstición tuviese bas-

(1) *Moniteur* de 24 de Abril de 1792.

(2) DE BARANTE, *Historia de la Convención*, t. 1, p. 225 y siguientes.

tante influencia para fomentar la terrible guerra de la Vendée. Nuevos Titanes, arrostraban al cielo y al infierno.

Tenemos á la vista una obra escrita en 1792 por un convencional casi desconocido: "Las *Preocupaciones destruidas*, por Lequinio, miembro de la Convencion nacional y ciudadano del globo,, Esta obra, debida á una medianía, da á conocer mejor el espíritu y las tendencias de la época que los escritos y los actos de los personajes notables, porque es órgano fiel de las opiniones dominantes. El autor dirige su libro al papa; jamás habrá leído el santo padre una dedicatoria semejante: "Ciudadano, si lo eres: ¿puede un cura ser ciudadano?... Nuestro convencional aconseja al papa que abdi-que: "Si eres hombre de bien, has debido gemir al verte obligado á mentir á la especie humana y al verte el jefe de los impostores de Europa... El día de las luces ha llegado, amigo mio; la multitud reconoce en fin que lo que imaginaba había de santo en tí, no estaba más que en su imbecil imbecilidad... Deja esa tiara, ridículo simbolo de una antigua impostura,, Aunque los revolucionarios rechazaban el catolicismo con este insultante desden, no creían por eso rechazar la religion de Cristo. Lequinio censura á los papas haber predicado máximas completamente contrarias á las que les había dado un *sencillo y franco patriota*. Esta es la doctrina de Voltaire; no puede decirse de los convencionales lo que se ha dicho del gran incrédulo, que la distincion es una táctica; los hombres del 92 desdeñaban las pequeñas astucias á las que se recurre en tiempos de servidumbre intelectual. Creían muy sinceramente que todos los males de la humanidad debían imputarse á los sacerdotes; en su dedicatoria, Lequinio los llama "seres llenos de falsedad, de orgullo y de codicia, que en todas partes y siempre han establecido su imperio en la mentira y en la ignorancia. Cuando son de buena fe, son imbeciles y locos; las más veces son impostores audaces, verdaderos asesinos de la especie humana.,

Los filósofos del siglo XVIII confundían desde luego á todas las religiones en la reprobacion del catolicismo. Tal es también la opinion de nuestro convencional: "La religion, dice, es una cadena política inventada para gobernar á los hombres y que no ha servido más que para dominarlos para placer de algunos individuos,, Lequinio conviene

en que "la religion fué el único medio que hubo en otro tiempo para dominar las razas errantes y salvajes.", Esto no impide que haya sido el espíritu de dominación el que ha inspirado á la mayor parte de los fundadores de religion: "Si la religion ha sido buena en un principio, hoy merece ser destruida completamente. Si en otro tiempo fué útil á los hombres ponerles una venda en los ojos para conducirlos, ese tiempo ha pasado.", Lequinio es discípulo de los materialistas; rechaza positivamente la vida futura, pero conviene hacer constar la razon que alega: "Esta creencia, dice, no hace más que llenar el alma de pavores inútiles y de quiméricas esperanzas.", Lo que le preocupa siempre es el catolicismo, aun cuando parezca generalizar sus ataques. No quiere el infierno, y no puede creer en el paraíso; si la filosofía le hubiera enseñado el dogma de una existencia infinita, ciertamente le hubiera adoptado. Lo que le exasperaba contra el cristianismo, tal como se practicaba en el siglo XVIII, tal como se practica hoy, eran las supersticiones y los errores que constituyen su esencia: "¿Cómo se quiere, exclama Lequinio, que los hombres aprendan á pensar y á razonar, cuando desde la infancia se les alimenta de ineptias, de absurdos y hasta de imposibilidades?", Viendo que la religion se complacia en contradecir á la razon, en ponerse en oposicion con el sentido común, no ve otro remedio al mal más que el renunciar á la religion, porque por ningun precio quiere renunciar á la razon. Se le pregunta qué es lo que reemplazará á la religion. Responde: la razon desde la cuna, la instruccion que la imprenta permite propagar con admirable facilidad. Hemos dicho que Lequinio es discípulo de los materialistas. Esto no es completamente exacto; si no cree ni en el infierno ni en el cielo, aún cree en Dios: quiere que se destierre de la educacion toda otra religion que no sea el *deísmo*. Tiene, pues, su ley, digase lo que se quiera, porque la nocion de Dios es el principio de la religion. Todo lo demás, dice, es obra de algunos ambiciosos, de algunos malvados ó de algunos locos. Lequinio se equivoca respecto á las intenciones de algunos reveladores; pero ¿se equivoca al imputar á los ministros de Dios la ambicion, la maldad y la locura? Los altos prelados que emigraban, los curas que encendian la guerra civil, no podian dar á los revolucionarios idea muy alta de la supersticion que los inspiraba.

II.

Hé aquí un revolucionario más célebre, un literato ingenioso, una naturaleza de artista. Camilo Desmoulins, ligero é indolente hijo de la Revolucion, pereció en el cadalso como partidario del moderantismo. Es un verdadero hijo de Voltaire. Escuchemos el comentario que escribió al decreto que abolió las órdenes religiosas; creeríase oír la risa del gran burlon en el seno de su tumba: "En este momento, todos los fundadores de las órdenes se arrojaron á los piés del Eterno para pedirle un milagro que salvase sus reglas y sus campanas. Santo Domingo, San Bernardo hablaban casi con tanta cólera como el abad Maury; Santa Teresa se habia desmayado. Se les oía decir á todos: *Ya no me guardarán más mi fiesta, ya no repicarán más por mí, ya no dirán mi panegírico*. San Benito, sostenido por 56.000 santos de su orden, pidió la cuestion prévia. El Eterno fué inflexible; declaró que era de la opinion del comité de la constitucion.", (1).

Cuando Camilo Desmoulins escribió su *Vieux Cordelier*, pasaba por moderado y tuvo casi que defenderse de ser un santurrón. ¿Cuál debía ser el odio de los exaltados contra el catolicismo! Lo que anima al jóven revolucionario contra los curas "es que todos han ganado sus grandes rentas dando á los hombres un mal que comprende á todos los demás, el de una esclavitud general, predicando esta máxima de San Pablo: *Obedeced á los tiranos*; contestando como el obispo O'Neal á Jacobo I, que le preguntaba si podia sacar dinero del bolsillo de sus súbditos: "No quiera Dios que no podais: *vos sois el aliento de nuestras narices*; ó como Le Tellier á Luis XIV: *Vos sois demasiado buen rey; todos los bienes de vuestros súbditos son los vuestros*.", Los hombres de la Revolucion no querian únicamente la libertad política; querian, ante todo, la libertad de pensar, y tenian razon: ¿puede llamarse libre el que es esclavo de una vil supersticion? Camilo Desmoulins habla de las creencias supersticiosas con un desprecio tan insultante, que el editor del *Vieux Cordelier* no se atrevió á reproducir este trozo en tiempo de la restauracion. Citamos el texto truncado:

"Se ha terminado el capítulo de los sacerdotes

(1) *Résolutions de France et de Brabant*, t. II, p. 500.

y de todos los cultos que se asemejan y todos son igualmente ridiculos, diciendo que los Tártaros comen los excrementos del gran lama, como si fueran golosinas santificadas. No hay una vil cabeza de cebolla que no haya sido reverenciada como Júpiter. En el Mogol hay aún una vaca que recibe más genuflexiones que el buey Apis, que tiene su pesebre guarnecido de diamantes, y su establo abovedado con las piedras más preciosas del Oriente, lo que debe hacer ménos orgullosos á Voltaire y Rousseau de sus honores del Panteon; y Marco Polo nos hace ver á los habitantes del país de Cardaudan adorando cada uno al más viejo de la familia y dándose por este medio la comodidad de tener un Dios en casa y á la mano. Á lo ménos éstos tienen nuestros principios de igualdad, y cada cual es Dios á su vez.", (1).

Se colocaba á la religion cristiana en la misma linea que á esas innobles supersticiones. Á la verdad, el cristianismo, alterado, desfigurado por la codicia, por la ambicion, por la estupidez, tal como existia en el siglo XVIII, merecia esta censura. No debe perderse nunca de vista que esta parodia del Evangelio que los revolucionarios tenian á la vista causaba vergüenza á la razon y era un obstáculo para la libertad. Un periódico que apareció durante los primeros años de la Revolucion, y que casi era un poder, nos dirá qué disgusto inspiraban las prácticas de los devotos á los discípulos de la filosofía.

Estamos en el mes de Marzo de 1791; las barracas y los tablados se levantan en la capital. Esto es, dicen las *Revoluciones de Paris*, la imagen de la Iglesia: "El papa reúne á esos charlatanes de la feria de Saint Germain que se enronquecen gritando á los campesinos: *¡Señores aficionados, entrad, entrad! Aquí está el espectáculo de los verdaderos fantoccini italianos*. El aficionado que tiene su palco en el teatro Frances, donde debe representarse *Athalie* ó *Bruto*, sonríe, alza los hombros y pasa de largo.", ¿Por qué abandonan los hombres de inteligencia los teatros de la feria? Tenian una nueva religion; se llamaba libertad de pensar:

(1) LE VIEUX CORDELIER, en la *Coleccion de las Memorias de BAUDOIN*, t. XLVII, p. 41. Hé aquí algunas líneas del trozo, suprimido: "No tenemos derecho de burlarnos de todos esos imbeciles, nosotros los Europeos que hemos creído tanto tiempo

que *Von gobait un Dieu comme on avale une huitre* (a).

(a) Que se traga á un Dios como se engulle una ostra.

"¿Quién no sabe, dice nuestro periodista, que la constitucion establecida por la Asamblea nacional, al dejar á los hombres la libertad de pensar y de escribir libremente lo que quieran respecto á las materias de religion, tropieza de frente con la religion misma.", (1), es decir, que destruye la religion revelada? La observacion es muy justa; el papa la hizo en el seno del consistorio. Por esto el santo padre maldijo la Revolucion; pero tambien por esto los revolucionarios maldijeron al papa y á su religion.

En el mes de Marzo de 1792, el tono de nuestro periodista, fiel intérprete de la Revolucion que avanza, ha cambiado singularmente. Las barracas se han levantado de nuevo. Escuchemos las reflexiones que la feria inspira á las *Revoluciones de Paris*: "En el tiempo en que habia en Francia una religion dominante, los *juglares tonsurados* no sufrían *rivales* durante toda la *santa quincena*. No era permitido representar más que á ellos solos; la competencia de los grandes espectáculos estaba prohibida; únicamente los pequeños tablados de feria y de los boulevares obtenian ocho dias más; la policia aflojaba en su favor, tal vez con motivo de la analogía que habia entre los *saltimbanquis sin moralidad* y los *sacerdotes sin vergüenza*, sonriendo á la credulidad vulgar que los hacia vivir. Este año aún, los *bonzes* no serán desmentidos, y aplaudirán viendo que se tienen cerrados los espectáculos en que se representan *Mahomet* y *Cárlos IX*, mientras que ellos abren los suyos y arrostran una vez más á la razon. ¡Oh nacion inconsecuente!", (2).

Sí, habia en ello inconsecuencia. La Revolucion era la prueba viviente de la incompatibilidad radical que existió entre el cristianismo tradicional y la libertad: el papa maldice la libertad de pensar, maldice hasta á los sacerdotes que creian podian continuar ejerciendo su ministerio siendo adictos á los principios del 89. Pero la Revolucion traspassaba las necesidades de las masas: queria realizar en un dia la obra de un siglo. Esto era cosa imposible. De ahí las inconsecuencias que ofendian á los hijos de Voltaire: los hombres se llamaban, se creian libres, y aún eran siervos de pensamiento. Las *Revoluciones de Paris* hicieron cruda guer-

(1) *Las Revoluciones de Paris*, núm. 89, 19 de Marzo de 1791, páginas 551, 552.

(2) *Las Revoluciones de Paris*, núm. 143, 31 de Marzo de 1792, página 24.

ra á los sacerdotes y á la religion que, nutriendo á los espíritus con mil errores, impedía su emancipacion: "El jugador de cubiletes, cuando sube á un tablado, se cubre con un gorro grotesco y con una mantilla que le haga distinguir en medio de la multitud apiñada á su alrededor; concluido su trabajo, recoge sus bártulos y vuelve á ponerse su traje ordinario. El sacerdote prolonga su papel hasta fuera de la escena, y guarda su disfraz en el seno de la sociedad. El hombre honrado é ilustrado no se incomodaba, y á lo ménos podía volverse de léjos luégo que divisaba un *juglar*; pero las buenas gentes estaban demasiado inclinadas á confundir el Dios con el sacerdote que decía lo representaba. ¿En qué consistían esas *truhanerías*? El periodista revolucionario llama á los sacerdotes *teófagos*. Esta palabra lo dice todo, y nos revela cuál era el fondo del debate entre la Revolucion y el cristianismo: se discutía la revelacion milagrosa. De ahí el encarnizamiento de los partidarios del pasado contra el nuevo orden de cosas, de ahí el odio á muerte de los hombres del 92 contra los *teófagos*. Para destruir su influencia, continuaron la obra de Voltaire. La Asamblea legislativa prohibió llevar el traje sacerdotal fuera de la iglesia; es preciso tambien, dice nuestro periodista, prohibir las procesiones que llama *mascaradas religiosas*. Aprueba que los sacerdotes vistan el traje decente de los ciudadanos: "¿Cuándo se avergonzarán de ser los *artequines de la especie humana*?" (1).

Para reconciliarnos con esos ataques brutales contra las creencias religiosas, recordemos cuál era la bandera de los dos partidos que se disputaban la dominacion de los espíritus. "Mientras haya sacerdotes en la tierra, no nos lisonjemos de ser *libres*" (2). Estas vivas palabras de las *Revoluciones de París* podían servir de epigrafe á la historia de la Revolucion. Hoy que se forjan tan bellas frases respecto á la union de la libertad y del catolicismo es conveniente escuchar á aquellos á quienes debemos la libertad. ¿Creían tambien los hombres del 89 que la libertad podia fundarse en la religion? Oigamos la fulminante respuesta del periodista revolucionario: "Los dos monstruos, la *supersticion* y el *despotismo*, se aparearon, y de sus impuros be-

(1) *Las Revoluciones de París*, núm. 144, 1 de Abril de 1792, páginas 67-72.

(2) *Las Revoluciones de París*, núm. 75, 11 de Diciembre de 1790, p. 509.

sos nacieron todos los azotes que affigieron á los hombres durante tantos siglos" (1).

¿Es una vana declamacion? Los revolucionarios veían aún los restos del despotismo intelectual, que es el mayor azote que pueda affigir al mundo. La Iglesia le ejerció hasta en visperas del 89. Hasta 1792 no fué abolida la Sorbona. Las *Revoluciones de París* pronunciaron su oracion fúnebre. "Y esta Sorbona tan decrepita, que desde hace tantos años sobrevivía á sí misma, admirada de existir aún, como los viejos murciélagos que, colocados en los restos de una casa vieja derribada al primer azadonazo, se extrañan de ver por primera vez la luz del día que siempre habían evitado. ¿Qué diremos de ella? Ahí yace al lado de los hermanos ignorantuelos, al lado de los hermanos sastres y zapateros, la que no hace mucho pegaba con su palmeta en los dedos de Helvecio, de Buffon, de Voltaire y de Juan Jacobo. ¿Qué diría, no Roberto de Sorbon, que al fundarla no quiso hacer un club de doctores, sino Richelieu, que tan ricamente la dotó y la legó en el pensamiento el mismo despotismo que él ejercía en los pueblos y los reyes, en los nobles y los bellos ingenios? Pongamos al ménos en las puertas de su escuela este epitafio:

*Ci gît la Sorbonne;
Elle eut pour père l'ergotisme;
Pour mère la sottise;
Née dans les ténèbres,
Elle y vécut pendant plusièurs siècles
Et mourut d'un coup de soleil,
Le Vendredi-Saint.
Elle laisse bien des héritiers (a) (2).*

La oracion fúnebre era del gusto de Voltaire. Si se reflexiona que la Sorbona era el primer cuerpo teológico de la cristiandad, podría creerse que se asiste á las exequias del catolicismo. No las ha habido jamas que inspirasen ménos tristeza. Pero la última linea del epitafio despierta diferentes sentimientos. Durante muchos siglos, los teólogos habían trabajado en obcecar los espíritus, en fanatizar las almas, y lo habían conseguido. Los oscurantistas se vengaron poniendo fuego á un incendio que amenazó destruir la libertad naciente.

(1) *Las Revoluciones de París*, núm. 73, 8 de Enero de 1791, página 12.

(a) Aquí yace la Sorbona;—tuvo por padre al ergotismo;—por madre á la necedad;—nació en las tinieblas,—vivió en ellas durante muchos siglos,—y murió de una insolacion—el Viernes Santo.—Dejó muchos herederos.

(2) *Las Revoluciones de París*, núm. 141, 7 de Abril de 1792, página 72.

Cuando vieron á la supersticion fomentar la guerra civil, los revolucionarios abandonaron el tono de broma, y lanzaron un grito de reprobacion contra la Iglesia. "¿Por qué no se ha de decir? ¿No es ya tiempo? Todo sacerdote ó es tonto ó estafador; no hay término medio" (1). ¿Cómo libertar á Francia de esta llaga que la devora? El autor de las *Revoluciones de París* propone aplicar á los sacerdotes el reglamento hecho por la reina Juana de Nápoles para las mujeres públicas. "Se encerrarán en una casa en donde podrán predicar á su gusto á todos aquellos que vendrán á verlos; pero con prohibicion de salir, para no infestar al público." El insulto es sangriento. ¿Estaba realmente muerto el enemigo? Bien podía el legislador demoler las instituciones, y la demolicion hacía tan poco ruido que hubiera podido creerse que no se trataba más que de ruinas. Pero el veneno infestaba á los espíritus, y los sectarios de la antigua religion, fanatizados, incendiaban al reino. ¿Qué faltaba que hacer en vista de una enfermedad incurable? Era preciso exterminar á los envenenadores para cortar el mal en su raiz. Las *Revoluciones de París* dieron este consejo: "Á principios de la Revolucion, el conde de Mercí-Argenteau, embajador de Austria, dijo á un académico: "Vuestros curas os causarán más mal de lo que pensais; es una tina acre, corrosiva é inveterada, que no extirparéis si no arrancais la raiz de los cabellos y la piel. Acordaos de lo que os digo" (2).

Pero ¿se destruyen las religiones por medio de la violencia? ¿Tiene la religion una raiz indestructible en la naturaleza del hombre? Si siente la necesidad de creer, como siente la necesidad de pensar, ¿se le pueden arrancar sus creencias, aunque sean preocupaciones, sin darle una nueva fe? En 1792 no se presentaban estas formidables cuestiones. Se derribaba, las ruinas cubrían el suelo; el poder real acababa de caer, la Convencion unánime había proclamado la República. Si la supersticion real había sido destruida por la Revolucion, ¿resistirían las supersticiones religiosas á los que habían derribado un trono secular? Sin embargo, en Diciembre de 1792 aún se celebró en París la misa del gallo. Escuchemos á nuestro periodista re-

(1) *Las Revoluciones de París*, núm. 151, 26 de Mayo de 1791, página 389.

(2) *Las Revoluciones de París*, núm. 148, 5 de Mayo de 1792, página 287.

volucionario: "En pleno día, en nuestras plazas públicas, no hay gran mal en hacer bailar los titeres ó hacer suertes de cubiletes; hay que divertir á las niñas y á los niños. Pero reunirse por la noche en zaquizamis oscuros para cantar himnos, quemar cera é incienso en favor de un *bastardo* (1) y de una *esposa adúltera*, es cosa escandalosa, atentatoria á las buenas costumbres y que merece toda la atencion y la severidad de la policia correccional."

Dudamos mucho que estos ultrajes hayan traído á la razon un solo devoto; las preocupaciones no se curan con injurias, más bien se exaltan con ellas y se hacen incurables. Los hombres del 93, que inmolaban un rey, creyeron les sería igualmente fácil matar á un culto. Nuestro periodista aplaudió las medidas más violentas que decretó la Convencion contra los sacerdotes; aprobó que se les hiciese una guerra á muerte hasta que no quedase uno. En el año II, cree que la destruccion se ha consumado, y escribe: "Mientras hubiese durado el reinado de los curas, la Revolucion no hubiera sido más que una obra efimera, casi semejante á la Revolucion del Brabante. El sacerdocio es como una araña; en vano rompeis á derecha, á la izquierda, y muchas veces las telas en donde quiere encadenar su presa, nuevos lazos se suceden á los primeros; el *insecto asqueroso* urde nuevas telas con una constancia y una terquedad infatigables; nada más que *aplastando al animal mismo* podréis detener sus *asquerosas y peligrosas tramas*" (2).

Nada más cierto. La revolucion de Brabante es un testimonio del poder maléfico del clero. Cuando se quiere tocar á sus privilegios, cuando se quiere ilustrar á los espíritus y hacer penetrar el sol de la verdad en las cavernas tenebrosas en donde se dan la mision de *oscurantistas* los futuros ungidos del Señor, el clero se insurrecciona en nombre de la *libertad*; la libertad en sus labios quiere decir libertad de la ignorancia y de la supersticion. Esta libertad es sinónima de servidumbre. Hay que destruir, pues, el imperio de los sacerdotes, lo que quiere decir que hay que destruir el catolicismo. Pero, repetimos, ¿se destruye una religion á chachazos? Así se creía en 1793, y aún lo repiten hoy

(1) El autor añade en nota: "Los fundadores de tres religiones principales han sido bastardos." (*Las Revoluciones de París*, número 181, 22 de Diciembre de 1792, p. 45).

(2) *Las Revoluciones de París*, núm. 215, 23 de brumario año II, p. 211.

algunos partidarios de la democracia. Lo que ilusionaba á los revolucionarios era que los decretos de la Convencion no hallaban ninguna resistencia, á lo ménos en las ciudades; mejor dicho, la nacion parecia que iba delante de la Asamblea. Un convencional, hombre de ingenio y buen observador, escribió en una obra publicada en 1800: "El pueblo parecia estaba apegado al catolicismo, pero hay cuerpos heridos por el rayo que parece que aún conservan la vida; se les toca, y caen hechos polvo. El pueblo tenia la apariencia de creer en la misa, en la presencia real, y no creía en ello," (1). Mercier no pensaba que dos años despues de haber escrito que los Parisienses no creían en la misa, se apresurasen á ir á los templos y se prosternasen al pié de los altares, donde se celebra la presencia real del Hombre-Dios. No es esto que la fe en los misterios cristianos sea muy viva; pero el hombre seguirá creyendo los absurdos hasta que se le den por alimento creencias que pueda aceptar la razon.

Ilustrar los espíritus, separar la influencia funesta de los hombres de las tinieblas, imponer la instruccion á los que están llamados á guiar á los hombres en el camino de la salvacion, estos son los únicos medios para preparar la transformacion de las creencias. No se hace por medio de las revoluciones y de las leyes. Pero las revoluciones y las leyes pueden ayudar á ello, destruyendo el poder de la Iglesia, obligándola á entrar en la vía de la civilizacion. En este sentido hacemos un llamamiento al espíritu revolucionario y á la accion del legislador. Pero para que el trabajo de las leyes no sea impotente, es preciso que vaya acompañado de una transformacion religiosa. Que todos los hombres que aman la fe y la libertad unan sus esfuerzos para difundir la verdad. No basta destruir, hay que pensar en reconstruir; si no, las supersticiones que se creían destruidas renacerán. Vamos á asistir á las orgías del 93. Podía creerse que había sonado la última hora del catolicismo, y en el momento en que escribimos, estamos en plena reaccion católica.

III.

Pueden leerse en los historiadores de la Revolucion la relacion de las mascaradas católicas que

(1) MERCIER, *el Nuevo Paris*, t. IV, p. 104.

se presentaron en la barra de la Convencion nacional. Un contemporáneo, testigo de esas escenas burlescas, nos dirá el espíritu que animaba á los actores: "No se procedía, dice Mercier, á la destruccion del culto con el furor del fanatismo, sino con una irrision, una ironía, una alegría saturnal, muy propia para admirar al observador," (1). Esta era la inspiracion de Voltaire, y confesémoslo, á riesgo de incurrir en la maldicion de los celosos, había tambien en otras partes á más del seno de la Convencion mascaradas religiosas. Con esta diferencia, sin embargo, que honra á la Convencion, y es que ésta destruía la supersticion, mientras que los curas la explotaban.

El 25 brumario, año II, una diputacion de la *Seccion de las picas* vino á decir á la Convencion "que había enviado á descansar la morena Maria del trabajo que había tenido en tenernos ciegos durante diez y ocho siglos;" propuso darla por compañeros á todos sus acólitos: "Despojar los templos de todos los objetos del antiguo culto y predicar la moral, dicen los republicanos, es el único medio de fundar la felicidad filosófica y republicana, y de extenderla, en union con la prosperidad general, á las regiones más remotas del universo." Al día siguiente, el orador de la *Seccion de los mercados* declaró que los ciudadanos que la componían no se avergonzaban de llevar el nombre de *renegados*, pues que renegaban la supersticion para abrazar la filosofia; que volvían á enviar, decían, á San Crispin al cielo para hacer zapatos á sus cofrades, y á la Magdalena para que llorase sus pecados," (2).

Los abades clamaban al contar esos sacrilegios. Recordémosles que á la caída del paganismo se demolieron tambien los templos; y ¿quién se apoderó de sus riquezas? El clero cristiano. En el 93, los altares fueron despojados, pero no fué en beneficio de una nueva supersticion: el tesoro de la República se enriqueció con ellos. No se disgusten de ello los reaccionarios; preferimos que los santos sirvan á la defensa de la libertad más bien que de alimento á la supersticion y al fanatismo. Al leer la relacion de las hazañas del 93, no sentimos ningún horror; deseáramos más bien que se renovasen, si la cosa podía hacerse sin chocar con la con-

(1) MERCIER, *el Nuevo Paris*, t. IV, p. 108.

(2) GRÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. I, p. 37 y siguientes.

ciencia pública. Chaumette va á contarnos un viaje que hizo á su provincia con Fouché: "En el departamento de la Nièvre no hay ya curas. Han desembarazado los altares de aquellos montones de oro que alimentaban la vanidad sacerdotal. Treinta millones en efectos preciosos van á ser llevados á Paris. Ya han llegado á la fábrica de la moneda dos carros cargados de cruces, báculos de oro y dos millones en numerario; tres veces más siguen al primer convoy," (1).

Otro día un convoy se detiene en las puertas de la Convencion. Los sacos y los cofres llenos de oro y de plata se llevan al salon de sesiones. Dumont, uno de los comisarios enviados á las provincias, refiere, con aplausos de la Asamblea y de las tribunas, lo que ha hecho en los departamentos del Noroeste: "He hallado en una abadia de frailes, cerca de Hesdin, 61.000 libras, de las que hago homenaje á la Convencion. Se me acusa de estar malquistado con la religion; pues bien, he hecho una requisita, y *trescientos ó cuatrocientos santos me han pedido venir á la casa de la moneda*. Ya no hay en las iglesias del departamento de la Somme, ni plomo, ni cobre, ni plata. Los metales han sido reemplazados con leña. Las llamas de la libertad han sucedido á los campanarios, y los ciudadanos han gritado por todas partes: *¡Viva la República!*" (2).

Ya se sabe que los pueblos que tenían el nombre de un santo rechazaron á sus patrones celestes y tomaron un nuevo nombre. Por esto gran cólera de los reaccionarios, indignacion, maldicion del fanatismo revolucionario. Sin embargo, entre esos santos destronados los había falsos. No hablamos de la falsa santidad, que no faltaba; hablamos de los santos que no han existido nunca. Tal fué el famoso San Dionisio que, como todos saben, llevó su cabeza en las manos no sé cuántas leguas, milagro que hacía decir á Voltaire que en esas cosas, el primer paso es el que cuesta. El pueblo de San Dionisio tomó el nombre de *Franciada*. Si este nombre suena ménos bien en los piadosos oídos de los abades, nosotros preferimos la verdad á la supersticion, y aplaudimos de todo corazón á los jacobinos, que ofrecieron á la Convencion la cabeza y los huesos de su patron, el pretendido apóstol de las Galias. Celebramos tambien sus bromas,

(1) El abad GAUME, *la Revolucion*, t. I, p. 130.
(2) *Monitor* de 3 de Noviembre de 1793.

aunque no sean de muy buen gusto. Llamaron á las reliquias *andrajos hediondos y podredumbre dorada*; á seguida añadieron, dirigiéndose á los santos destronados: "Vosotros, que érais en otro tiempo los instrumentos del fanatismo, santos, santas y bienaventurados de toda especie, manifestaos por fin patriotas; levantaos en masa, marchad al auxilio de la patria, id á la casa de la moneda. Y ¡ojalá podamos obtener en esta vida con vuestro auxilio la felicidad que nos prometéis para la otra!" El abad Gaume se permite calificar este discurso de *cobarde ironía* (1); y ¿tiene acaso valor para engañar al pueblo con estúpidas mentiras, como el cuento de San Dionisio decapitado y llevando su cabeza á su abadia?

Rechazar á los santos era rechazar al cristianismo, porque para las masas, la religion consistía en un paganismo cristiano, el culto de los semidioses con que la supersticion ha poblado el paraíso. Aplaudamos, pues, al pueblo de Sèvres, que viene á hacer homenaje á la Convencion de la plata de su iglesia, diciendo: "No se inmolarán más victimas humanas á los *dioses imaginarios*. El Dios republicano es la libertad: *¡Viva la República una é indivisible!*" Una multitud de pueblos hicieron lo mismo. El abad Gaume dice que sazonaron sus ofrendas con la más irritante impiedad. Vamos á transcribir uno de sus discursos; por nuestra parte, los preferimos á los que hacen en nuestras campiñas los ungidos del Señor: "El pueblo de Clamart se felicitó de no ser el último en venir á depositar á los piés de la sabiduría nacional las futilidades de la supersticion y el arsenal del fanatismo. Y nosotros tambien tenemos la gloria de participar del *santo catolicismo de la razon*. Legisladores, que con esas *baratijas sagradas*, esas *pueriles pagodas*, desaparezcan para siempre los *arlequines celestes* que vienen asombrando á la mayor parte de los hombres hace *diez y ocho siglos*. ¡No más ministros! ¡No más apóstoles! ¡No más cultos! Que cada cual adore al Sér Supremo á su modo: es un derecho que le ha dado la naturaleza. La patria, hé ahí la divinidad de un verdadero republicano," (2).

Comprendemos que el *santo catolicismo de la razon* no sea del gusto de la reaccion. La razon y el catolicismo son incompatibles. En el 93 se

(1) El abad GAUME, *la Revolucion*, t. I, p. 128.
(2) GAUME, *la Revolucion*, t. I, p. 127.